

LA CRÓNICA MÉDICA

REVISTA QUINCENAL

DE

MEDICINA, CIRUJIA Y FARMACIA

Órgano de la Sociedad Médica Unión Fernandina

AÑO XVII }
}

LIMA, 15 DE AGOSTO DE 1900.

{ N.º 279

SOCIEDAD MEDICA UNION FERNANDINA

SESIÓN DE ANIVERSARIO

Antier celebró la Sociedad Médica de este nombre el XVIIº aniversario de su fundación.

Comenzó la actuación á las 9 p. m. Después de leída el acta de la sesión anterior y los diversos oficios que constituían el despacho, el presidente cesante, doctor Eduardo Bello, dió cuenta de la marcha de la Institución durante el año social terminado en esa fecha, leyendo la siguiente memoria:

Estimados consocios:

Señores:

La sociedad médica "Unión Fernandina" completa hoy el décimo sétimo año de su existencia. Nació al calor del entusiasmo de un grupo de estudiantes, muchos de los cuales son hoy distinguidos maestros y otros víctimas ya de esa lucha eterna que llamamos vida; nuestra sociedad, compuesta hoy, en su principal, parte de la mejor juventud que se instruye en "San Fernando", de un personal constantemente renovado, es también siempre joven, siempre dispuesta al trabajo activo, y marcha impertérrita en la senda del progreso.

Siguiendo la práctica que el reglamento señala, voy á daros cuenta sumaria de su marcha en el año social de 1899-1900.

El número de sesiones que la sociedad ha celebrado, tanto ordinarias como extraordinarias, no es muy elevado, pero en cambio los estudios que en ellas se han leído son todos de indiscutible mérito, y de gran aliento algunos.

En la sesión de aniversario, de 13 de agosto del año próximo pasado, con que como de costumbre, inició sus trabajos anuales la "Unión Fernandina", después de la memoria del presidente é instalación de la junta directiva, hicieron uso de la palabra los señores doctor C. Alberto García, Alberto Barton y Miguel Aljovín. Disertó el primero de los nombrados sobre las causas de la mortalidad infantil en nuestra metrópoli, abordando ese complicado y difícil tema con precisión y galanura de estilo; concluyó señalando algunas medidas higiénicas protectoras de la infancia. Ocupóse en seguida el señor Alberto Barton de *La fiebre tifoidea en Lima*, en un concienzudo trabajo basado en 8 historias clínicas muy documentadas, y cuya interpretación lo conduce á considerar las fiebres llamadas, entre nosotros, infecciosas y tipo-maláricas como formas clínicas de do-

tienertería propias de Lima. Finalmente el señor Miguel Aljovin dió lectura á un estudio curioso, original é interesante sobre *La fuerza ódica*.

En las sesiones ordinarias han tomado la palabra, entre otros, los siguientes señores: doctor Accinelli, leyó la historia clínica de un caso de fiebre tifoidea comprobado por la autopsia, trabajo que originó detenida discusión sobre la naturaleza de las llamadas en Lima *fiebres infecciosas*. El señor C. Sánchez Aiscorbe, historiando un caso de inversión uterina por fibroma implantado en la pared posterior de la matriz, en que el Profesor C. Carvallo practicó la histerectomía vaginal; y el señor E. Escobel que trató de la reacción diazoica de Ehrlich en las enfermedades microbianas.

Dos sesiones solemnes extraordinarias ha celebrado la sociedad en el curso de este año; fué dedicada la primera á honrar al ilustre Carrión, el 5 de octubre, en ella figuraron como oradores el señor César Sánchez Aiscorbe, que entusiasmó al auditorio con su brillante apología de este mártir de la medicina peruana; el doctor Miguel D. Morante, que trató con altura y en correcto estilo muchos puntos de moral médica; y el señor Oswaldo Hercules que, abordando el asunto principal á que consagra la sociedad esa velada, disertó sobre la verruga peruana comunicando una ingeniosa teoría de su invención, que llama teoría vascular de la verruga.

Entusiasmados los numerosos discípulos del doctor Ernesto Odriozola, que en mayoría formamos hoy la Unión Fernandina, con la brillante monografía sobre *La Maladie de Carrion*, que este distinguido maestro acababa de publicar, resolvieron celebrar una actuación solemne en honor suyo. A mérito de una proposición presentada en junta general por los

señores Laverería y Tamayo, se acordó unánimemente ofrecerle en esa sesión una tarjeta de oro y el diploma de miembro honorario de la "Unión Fernandina".

Muchos profesores de la Escuela de Medicina, distinguidos miembros del cuerpo médico, la casi totalidad de los alumnos de San Fernando, comisiones de las diversas asociaciones científicas de esta capital, y gran número de otras personas distinguidos, además de la mayoría de los miembros de la sociedad, se renieron en el local de esta institución en la noche del 28 de octubre señalada para la actuación.

Nombradas las comisiones de anuncio y de recibo, procedieron á llenar su cometido, y pocos momentos después se presentaba en la sala de sesiones el Profesor Odriozola, siendo recibido con prolongados y calurosos aplausos. El Presidente de la sociedad puso en sus manos la tarjeta de oro y el diploma, tratando en breves frases de manifestarle la admiración y respeto que la "Unión Fernandina" siente por el que ha llevado á término trabajo tan interesante y completo, el mejor de nuestra literatura médica.

Ocupó la tribuna en seguida el doctor García, que haciendo un paralelo entre Carrión y el doctor Odriozola, reseñando la marcha que han seguido los estudios de la verruga desde la época del coloniaje hasta nuestros días, analizando ligeramente los diversos capítulos de "La Maladie de Carrion", puso de manifiesto el gran impulso que á nuestros conocimientos clínicos y de nosografía médica de la verruga ha dado la labor perseverante y continuada del ilustrado doctor Odriozola.

Por último, el señor M. Tamayo leyó un magnífico trabajo sobre la fisiología de los órganos linfopoiéticos en la enfermedad de Carrion.

La sociedad ha dedicado una de sus sesiones ordinarias á discutir el informe que una comisión espe-

cial presentó sobre reformas del reglamento. Quedó derogado el artículo que prohibía tratar de modificaciones en los estatutos de la sociedad en sesión distinta de la última ordinaria de cada año; se sancionaron también algunas modificaciones en los artículos referentes á elecciones, destinadas á evitar dificultades que en la práctica se presentaban cada año.

Para emprender pequeñas obras indispensables en el local de la Unión Fernandina, que como sabeis se halla muy deteriorado, se necesitaba una entrada extraordinaria. Para obtenerla, se resolvió en Junta Directiva, y á propuesta del doctor Enrique L. García, dar una función teatral á beneficio de la Institución. En el arreglo del teatro, colocación de localidades, etc. trabajaron empeñosamente los socios doctor E. García, Aljovín, East, Mejía y otros cuyos nombres se nos escapan, obteniéndose el resultado que se deseaba: mas de trescientos soles ingresaron á tesorería; pudo atenderse á los gastos de pintura del local, compostura y traslación del desagüe, calza de la pared fronteriza socabada por la humedad, y otras pequeñas partidas aprobadas en junta directiva. Merece especial mención el señor tesorero don Adan Mejía á cuyo cargo han corrido las indicadas obras, por el celo con que ha vigilado su ejecución.

Debo agradecer también á los señores secretarios su cooperación entusiasta en las labores de la junta directiva.

Pocos socios nuevos han ingresado en el presente año, pocos también han abandonado la "Unión Fernandina", de manera que puede decirse el número de sus miembros no ha sufrido alteración. El doctor Antonio de Gordón y Acosta, de la Universidad de la Habana, solicitó á principios del año presente ser incorporado como miembro corresponsal; se accedió á su demanda por unanimidad.

La Sociedad ha sido invitada al congreso internacional de medicina

de París. Se acordó aceptar la invitación, y fué nombrado como representante de ella en dicho torneo científico el doctor Pablo S. Mimbela, primer vicepresidente de la "Unión Fernandina".

Hay también en mesa una invitación á la sociedad para el segundo congreso científico latino americano, que sesionará en Montevideo: partir del 20 de mayo de 1901. Tóca á la nueva junta directiva determinar lo conveniente á este respecto, lo mismo que de la invitación al congreso médico latino americano de Chile, que todavía no ha sido sometida á deliberación de la mesa.

Estas han sido á grandes rasgos, las manifestaciones vitales de la sociedad en el año que hoy terminan. Como se ve son fruto del trabajo de un corto número de sus miembros; para llenar un programa grandioso se requiere la labor de todos. La acertada elección del nuevo presidente, recaída en uno de los socios más prestigiosos y emprendedores de la institución, nos hace esperar que la "Unión Fernandina" recobre el entusiasmo decaído en estos últimos meses, y bajo la habil dirección de tan digno jefe, emprenda con paso seguro el camino del progreso y engrandecimiento que le trasaron sus fundadores.

Al asumir la presidencia el Sr. Dr. Sánchez Concha, manifestó en breves instantes y sentidas frases su agradecimiento á la sociedad por el honor que le confería llamándole para presidirla, y ofreció poner todo empeño en conducirla á su engrandecimiento.

El Dr. Enrique L. García dió lectura en seguida á un interesante trabajo sobre la población de Lima basano en prolijos estudios estadísticos, que publicaremos en el número próximo.

Tocó su turno, por último, al Dr. Rómulo Eyzaguirre, que leyó el siguiente trabajo:

Señor Presidente:

Estimados consocios:

Lo diré todo, señores, lo diré to-

do, aún temiendo herir las susceptibilidades de nuestros hombres de hoy: lo diré todo, aunque tema resregar la superficie cruenta de nuestras ulceraciones sociales, y descubrir las inercias que matan nuestras colectividades, fustigadas cruel y constantemente por el látigo entorpecedor de nuestros descuidos punibles y nuestros olvidos egoístas.

La vida de las naciones estriba en el grado de salubridad pública, por esto es que la Higiene es una ciencia eminentemente social, de donde se sigue que el grado de cultura y adelanto de aquellas, bien pudiera medirse por el índice de ésta.

Más nosotros, olvidando la ley de Pelietan, nos dejamos envolver por la ola violenta del carcomedor *far niente*, sin ánimos para sacudir el mismo ropaje con que el centauro Neso cubría a la desgraciada Deyanira.

Agitóse, ha más de un año, el pensamiento público; revolviéronse los justos temores, como oleaje de un mar tormentoso, espumante de alarmas é hirviente de inquietudes, para desvanecerse luego en la orilla muerta de nuestras inconsecuencias tradicionales. La prensa local subió el diapasón de sus quejas, y sus rumores no llegaron á coamover el nervio acústico de los llamados á cautelar esta bancarrota de vida, esta hemorragia social, que aun continua su obra salvaje y devastadora.

Los miedos se extinguieron por el acumulamiento de miedos; inhibiéronse las percepciones del temor, por el exceso del temor mismo, y todo volvió á continuar su curso sombrío y letal, con amodorramientos de opiófago. Durmiéronse nuestras actividades embrionarias, y la necrópolis ensayó su mueca aristofanezca, con acompañamientos risoteros de agotamiento y ruina.

De aquí señores, partieron los acordes del clarín guerrero de nuestras batallas higiénicas; de aquí salieron los paladines de Higea y

la indiferencia más trascendental, fué la recepción más cortez que hallaron nuestros heraldos de guerra.

De una y otra época, todos fueron miembros de la "Unión Fernandina". Fernandino fué el Dr. Odriozola, el esclarecido maestro, marcando en el General de la Universidad, los estragos del alcoholismo y la tuberculosis; fernandino fué el Dr. Mora, en el "Club Nacional", haciendo crujir contra el abuso alcohólico, la fusta de su palabra elocuente; fernandinos fueron los D.D. Almenara y La Puente en su torneo científico, que todos vosotros bien conocéis; fernandino fué el Dr. Reinaldo Arias en sus revistas de higiene tocológica; y finalmente, fernandinos fueron los Bachilleres de ese tiempo, Castañeda, Vargas, los hermanos García y alguien más cuyo nombre absolutamente no hace falta a la continuación del asunto de que me ocupó,

Y entre todos ellos señores, desde el principio y por muy largo tiempo, el nunca olvidado Muñiz, de infatigable pluma, esclava absoluta de su poderosa arquitectura cerebral.

Muñiz había ocupado los bancos de "San Fernando" como alumno distinguido, había afanosamente acumulado conocimientos; nutrido ricamente su célula gris; lanzando valientemente ante la Facultad sus ideas de la nueva Psicología; roto abiertamente con los espiritualistas, vituperado cuestionarios de grado; proyectado reglamentos, formado estadísticas, llenando LA CRÓNICA MÉDICA con sus artículos; Médico ya, había recorrido estudiósamente el Viejo Mundo; visitado hospitales, estudiado Psiquiatría, escrito revistas, presidido un Congreso en EE. UU, regentado en nuestro país la Cátedra de Higiene, conquistado alumnos, convencido auditores y tal vez formado la nueva generación de psico-fisiólogos. Sucesivamente Secretario de la Fernandina, desterrado político, corresponsal nuestro en

Europa, enemigo de las tiranías intelectuales, y en todo tiempo hombre de estudio, carácter franco é independiente, había vivido duramente lejos de la patria, observado, estudiado, escrito, analizado, discutido, impreso, enseñado.

Nuestro es pues, el honor de ser los primeros en preocuparnos por el bienestar de las colectividades, agitándonos en el camino que conduce de la Higiene á la Sociología, extremidad apical de las ciencias biológicas.

Tarea muy difícil es señores, acometer el estudio de nuestros daños, analizar las causas de nuestros males y señalar los orígenes de nuestro decaimiento social. Y difícil es, porque necesariamente hay que tocar con las susceptibilidades de los descontentadizos, porraceando errores, acicateando olvidos, sacudiendo la somnolencia de los unos y revolviendo las pasiones y los intereses de los otros.

No se me olvida, estimables consocios, que cuanto diga, se esfumará primero, y desaparecerá después entre el bullicio de nuestros recuerdos disipados; y el lento desfile de las horas nos hallará como siempre: permitiendo que la ausencia de higiene nos coja toscamente para llevarnos enseguida hacia el cansacio, la degeneración y la ruina. Probablemente nuestra voz se perderá sin hallar eco, como no hallaron eco, tantos de nosotros que nos lanzamos en la ardua labor, de matar modorras, de destumecer estas agilidades decadentes, de desarraigar vicios, de sacudir indolencias, de provocar dinamos cerebrales, en bien de todos, de continuo amenazados por las nulidades higiénicas, traducidas en último término por debilidades orgánicas, degeneración de razas, déficit en el guarismo de la población, cuestiones todas que van á condensarse en la asolación y derrumbe sociales.

No se nos oirá esta vez tampoco, ya lo tememos: no se revelarán por hechos nuestros esfuerzos, sea de ello lo que fuere, pero habremos

cumplido nuestro deber, señalando los males que se deben suprimir, cuando se quiere escuchar las leyes de la ciencia contemporánea. Seguiremos, si tal es nuestro infortunio, el curso de los días, los meses y los años, sin mas rumbos que el desaliento y la rutina y el descuido y la indolencia y el egoísmo, pero al menos nos quedará la satisfacción de haber llenado nuestros deberes. Ello no salva es cierto el inconveniente, ni resuelve el problema sanitario de Lima, pero tampoco se nos culpará de punible silencio. Otros serán los llamados á responder la acusadora pregunta.

Lima que podría ser la ciudad sana por exelencia, está lejos, muy lejos de serlo, ni siquiera medianamente. Desde su pavimentación semejante á la tela de Penélope, hasta su barrido; desde sus albañales hasta sus alojamientos; desde sus hospitales hasta sus cementerios; desde sus colegios hasta sus cuarteles, en todo predomina el desaseo, la incuria, la falta absoluta de higiene. No consiste simplemente la ciencia higiénica en triviales reglas para vestir, comer y dormir; no es llanamente privada, como tal vez han creído los que solo quieren marchar de ensayo en ensayo, de paliativo en paliativo; la higiene es pública también, también es social, es también psicológica, es moral; no solo rige á la salud somática, sí que rige también hasta á las pasiones. Descuaja corruptelas, corrige vicios, encarrila desórdenes, anonada los daños actuales, previene los futuros, fortifica individuos, mejora razas, vigoriza pueblos, engrandece naciones.

Desde la aristocrática Mercaderes, hasta las más apartada calle, en todas se halla el mismo descuido, están los mismos defectos, solo es cuestión de grado; mas por todas partes, está el sello de la holganza higiénica. Pavimentos ricos en variedad y opulentos en desaseo; multiformes y calamitosos, semejan un inmenso traje arlequinézco, abatido sobre una

ciudad que remeda juergas de estermio. Aquí, á niveles diversos cantos rodados ó blocks graníticos, suntuosos en tamaño, magníficos en peligros, en surtido inapreciable, incalculables en formas, componen un abigarrado pavimento, con resquebrajaduras que se anostomosan, que se entrelazan; polvorientos, costosos, penetrados por desperdicios de toda clase, de todo origen, abundantes en basuras de pequeña dimensión, como recortes de un muladar miniaturizado. Mas allá el tuco de madera, con sus grietas alojadoras de tierra humedecida, en veces seca y movediza; con sus ansias hidrópicas, que regalan de cuando en cuando, como enormes vientres timpánicos vueltos hacia arriba; que son golpeados, machacados, hendidos, desmoronados, y muestran luego á manera de vísceras, tierra agruzca, cuartel de falanges microbianas, lista á convertirse en nube de polvo, con el barrido y con el viento. Y toda esa superficie permeable, si bien silenciosa, absorbe, se deja taladrar, dá hospedaje á bacterias de todo género, enviadas allí por el esputo ascoso, por las aguas excluidas, en corta cantidad pero diaria y constante; por basurillas domiciliarias, insignificantes al parecer, que se escapan lenta y clandestinamente una á una, al pasar de las carretas que recojen desperdicios; que se arrastran con la brisa, que se adhieren con la lluvia, que se atomizan con el taconeo interminable del transeunte, que vuelan con el viento, y que con la respiración se alojan en cada individuo: en sus fosas nasales, en su faringe, en sus bronquios. Mas allá aun, en la suburbano, todo es mas triste, mas desconsolador, mas aterrizante. Calles de peor pavimento, como escarbado á trechos; á trechos destruido, va mostrando el descuido con elocuentes silencios y traducciones de muerte. Empedrados movedizos, intorruptidos, simulan gigantes bocas melladas, que fingen muecas burlonas y sonrisas de sarcasmo.

Pavimentos sinuosos, con montículos, con tierra polvorienta mezclada á detritus, con lodazales en unas partes, con enormes manchas de humedad en otras, producto obligado de los moradores, que no tienen donde arrojar las aguas que han usado; porque nadie los cuida, nadie los protege, nadie los corrige, ni aún el guardián del orden público, quien sin duda halla su tiempo escaso, para dedicarlo á sus acrobatismos eróticos. Pavimentos todos, todos, que no tienen mas ventaja, que la muy triste de domiciliar bacterias, muchas de ellas patógenas, producir caídas, y regalar con el traqueteo insoportable de los vehículos, que atruenan el aire con ruidos roncós, semejantes á voces gigantescamente ampliadas, de laringes viejas y crónicamente inflamadas. Y luego, antes de terminada la noche, anticipándose á la hora de los duendes y los trasgos, como por encanto aparecen las caravanas de esqueléticos chinos, como gnomos diatólicos, descuelgan sus increíbles escobas de ramazón, y tartatosiendo, mascullando su lenguaje de sonidos desapacibles, de modulaciones batológicas, comienzan su obra de aseo *soi-disant*, con mezcla de asesina; rítmicos, cadenciosos unas veces, con ronroneos de gato mimado; otras alborotados, presurosos, jadeantes; con pasos y posturas descampasados, ejecutan en rabiosos giros, una á modo de danza dantezca, un aquelarre infernal, coreografiado en medio de una nube polvorienta. Verdaderos hombres frustrados, inculpables de aquel homicidio asalariado que perpetran. Y todo ese barrido se efectúa sin preparación alguna, sin un riego preliminar, sin una noción de la calle aséptica, sin un recuerdo de lo que lleva el polvo levantado por la escoba; polvo que no solo amenaza al traficante de aquella hora, sino que yendo mas allá en su terrible tarea, busca á los moradores en sus propios domicilios, como si el derecho de vivir fuera un miserable derecho.

Y todo esto á título de limpieza, á título de higiene, cuando allí vá precisamente la rebelión contra ella, en ataque cobarde, con armas que no figuran entre las prohibidas: una escoba y un poco de polvo.

Caminemos mas aún, salgamos de esas calles y lleguemos á las afueras de la ciudad: muladares añosos, cortados en partes, mostrando sus estratificaciones, elocuentes en su mutismo, pero con elocuencias que nos enrostran nuestros olvidos y nuestras veleidades, época por época. Viejos y novísimos, en todos los periodos de su formación muladariana, interrumpidos por colecciones de aguas corrompidas, muchos de ellos en la urbe misma, son término de desagües, depósitos de restos de curtiembres pestilenciales, con su cortejo enlutado de cuervos hambrientos. Desbordes de acequias, brazos de río que se burlan del risible cauce, inundan las cercanías, constituyen charcales, engendran terrenos cenagosos, por aquí, por acullá, por todas partes y obsequian la malaria. Y aún en el mismo "Rimac" de aguas turbias en verano, que no respetan los muros enanos de sus flancos; aguas que todo conducen, que de todo traen en sus revueltas espumas, y que en su itinerario turbulento al atravesar la ciudad, abandonan sus restos en vías de descomposición. Mas tarde, en la época fría, las pequeñas vías de sus aguas buscándose por entre tierras escuetas, de hondonadas sucias y pestilentes, se interrumpen, se aíslan y siempre queda el charcal, el pantano liliputiense y siempre la malaria. Y todo incessantemente allí, en quietismo abrumador, acechando vidas, disponiendo epidemias, combinando ideas de muerte, forjando pensamientos de despoblación y desastre, y enseñándonos que la canalización del Rimac, la desecación de los pantanos, la destrucción de los muladares, el alcantarillado correcto, han pasado á la categoría de quimeras irresolubles, porque res-

cuesta dinero y el dinero hay que emplearlo en *panem et circenses*.

No abandonemos aún los contornos de la ciudad, no huyamos de esas zonas que ofrecen tanto interés desde el punto de vista higiénico y social. Es allí señores, vosotros bien lo sabeis, donde la gente pobre escoje—si acaso puede escojer—el lugar donde alojarse. Desde el empleado mal retribuido hasta el jornalero, desde la costurera y la florista, hasta la cocinera y la lavandera; desde el ocioso y la horizontal trashumante, hasta el chino cipridino y rijoso, allí están todas las gradaciones sociales, todas las razas, todas las edades, son su cultura, en muchos de esos individuos, aún en germen. Habitaciones sombrías, alojamientos lóbregos, con tetricismos desconsoladores. Suelos, húmedos y fríos unas veces, polvorientos otras; paredes escuetas que respiran miseria, techos bajos y entresuelos estrechos; allí, en las llamadas casas de vecindad, en los callejones, se albergan enjambres humanos, que hormiguean con poco aire, con escasa luz, atenaceados por el calor del estío, ateridos por el frío del invierno; sin desagües muchas veces, se ven obligados á convertir los pasadizos y la calle en lugar reservado de sus aguas excluidas. Allí viven en insalubre cuasi amontonamiento, entremezclados en repugnante cuadro que la moral y la higiene rechazan.

Y ello porqué? Porque nadie se ha preocupado del alojamiento del pobre. Se deja que vivan como puedan, sin inquietarse porque tengan aire puro, abundante luz, alojamiento sano; se deja que derroche allí la vida, sostenida á duras penas; y también se deja que allí muera como un miserable, víctima de los malos elementos de su existencia. Y de allí sale el contingente hospitalizado; de esos lugares nace la letalidad infantil, hija de la ignorancia en facil contubernio con la moral nula.

Derrúmbase una iglesia, deteriorase un convento, y todos, todos—

dirigentes de la cosa pública y no dirigentes—abrimos presurosos la bolsa de nuestros ahorros, repleta ó escasa, poco importa, para vaciarla gustosos; á fin de que no desaparezca ni una pulgada de terreno perteneciente al convento ó á la iglesia—¡y las hay tantas!—mientras que el pobre gime sobre el suelo de su alojamiento insalubre y homicida.

Se dan subvenciones para procurar la distracción nocturna de unos cuantos, en tanto que el indigente arrastra penosamente una existencia desesperante y muere tal vez maldiciendo á la sociedad, á los que viven en desahogo, siendo así que unas cuantas migajas caídas del opíparo banquete de los que disfrutan comodidades, bastarian para mejorar sus condiciones de salubridad, que luego él recompensará, aún en medio de la escasez de sus recursos pecuniarios.

Fórmánse Circulos, Clubs, asociaciones de todo género, se fomentan diversiones, aun las que traen nada mas el daño de la influencia sugestiva y determinante de un estragamiento en el carácter social, pero nadie se cuida del que en la suburbe vive mal y parece tal vez abandonado: á nadie se le ha antojado la puericultura, ni al rico propietario se le ocurre el edificio *ad hoc*, la construcción sana, higiénicamente habitable, que ahorre vidas, que cultive organismos, que conserve las fuerzas vivas de la nación, lo que en todo caso redundará en provecho del propietario, aumentando su riqueza.

Y el que minado por la exigüidad de sus ganancias, desequilibrado por su medio habitable, cae al fin vencido por las enfermedades que le acechan, vuelve sus miradas hacia el hospital, que considera como áncora de salvación. Allí va á pedir, casi á mendigar lo que es suyo; allí va á buscar un consuelo, una cama donde reposar su cuerpo desfalleciente, un poco de pan y un medicamento que lo restituyan al mundo de los sanos y de los fuertes. Allí va mal-

trecho, porque desgraciadamente, su estado de cultura olvidada, lo condujeron antes á manos del charlatanismo, otra plaga social, que arrebató no contadas, pero si numerosas víctimas. Allí va con sus males y sus miserias á buscar el alojamiento que revele la ley higiénica, para encontrar nada mas que su propio domicilio aristocratizado.

Sigámosle allí.

Superextensas salas que hospedan de 30 á 40 enfermos, mezclados, confundidos, amenazándose los unos á los otros con el posible contagio, ni aun el terrible y espeluznante tuberculoso es apartado; en todas las salas se le encuentra, aun en las de cirugía. Ropas de cama deterioradas é infectas, colchones que anidan gérmenes morbosos, veladores como cajas de conservación microbiana; escupideras y vasos de noche, que si en la mañana sirven para unos, en la tarde los utilizan los otros, sin haber recibido otra desinfección que un poco de agua agitada por unas cuantas sacudidas. Y ni aun el utensilio de mesa es propio de cada cual, pudiendo determinarse por aquella vía el contagio, sirviendo en tal caso el alimento, de disfraz al tósigo matador. Todo es común, todo, hasta la pequeña vasija en que se da el medicamento, vá de boca en boca, desde el primero al último, conduciendo la bacteria del uno hasta los labios del otro, en libre y repugnante cambio, en matadora transacción, devolviendo amenaza por amenaza, golpe por golpe, muerte por muerte. Y mueran ó sanen, ahí queda la herencia microbiana, para los que no tuvieron otro delito que ser alojados en su compañía.

No se concibe hoy día, como pueda mezclarse a los enfermos; como sin embarazo alguno, se les aloja, así, en revuelta confusión, sin ser clasificados nada mas que en enfermos de medicina, y enfermos de cirugía sin temor al contagio, sin reguardarlos, sin

favorecerlos, sin evitarles un daño casi seguro, sobre todo tratándose de tuberculosos. No hay salas especiales para estos desgraciados, de modo que cada uno es el emisario del daño para el otro; y de todos modos, bajo todas formas, por todos los medios, desde la cama que jamás pasó por la ya vulgar estufa, cama que muchas veces tibia aun, recibe otro sujeto en desequilibrio orgánico y por consiguiente en buen estado de receptividad.

Tifoidicos y escarlatinosos; fimatósicos y angínicos; sarampionosos y disintéricos y coquelúchicos, allí están en promiscuidad vergonzosa por decir lo menos, dejando el rastro morboso y la semilla fecunda, en complicidad con sus camas, sus veladores, sus atensilios, sus ropas colocadas bajo la almohada ó en la mesa de noche; con los pavimentos inadecuados y el barrido horroroso. El barrido, remedo cruel del de las calles de la ciudad, pues si en esta se ejecuta con la escoba de ramas, que levantan densas nubes de polvo bacilífero, en aquel se hace con la estúpida escoba de paja, producto de alguna concepción ultrafrénica; barrido tanto más espantoso, cuanto que se efectúa en un medio más delicado, entre tantos enfermos, hermosos caldos de cultivo, para la bacteria malhadada, que hallará el terreno propicio donde establecer su laboratorio de aniquilamiento y de muerte.

Perezca el individuo ó vuelva restaurado á su hogar, la gavilla enfermera, con alardes de cuidadoso aseo, quita las ropas de cama, las arroja sobre el suelo, sacude, golpea, varillea los colchones, las almóhadas, los vuelven del otro lado y solo las ropas son cambiadas — y no siempre — para hacer los honores de limpieza al nuevo alojamiento.

Construyóse en uno de nuestros hospitales, no hace gran tiempo, una nueva sala, y se tuvo la peregrina ocurrencia de entablarla; creimos que fuera una sala para

enfermos de obligado aislamiento, y el mentis mas solemne se levantó de ella, porque todo ha seguido al mismo trillado camino, sin innovación de ninguna especie, ni aun la mas vulgar y conocida, y ello debimos esperarlo, pues que para vigilar, para inspeccionar, para dirigir de cerca asuntos nosocomiales, es necesario saber Higiene, ó por lo menos, pedir consejo á los que la conocen. Y esto es mal de todos los hospitales, de los que si el mejor está construido contra toda ley higiénica, en los demás abundan la orientación malaventurada el pasadizo estrecho, la encrucijada amenazando á médicos, practicantes, enfermeros y religiosas. De nada sirve que al cuerpo profesional de estos establecimientos proteste y corrija y se esfuerce; de nada sirve que el estudiante, con su fogosa sangre juvenil, se revele contra tales temeridades, ni combata tales obstrucciones, porque fuera está el descuido y dentro están el encalabrinamiento y la ignorancia, tendiendo desde antaño sus redes autócratas para lo futuro.

¿Y por qué pasan las cosas tan desapiadadamente, por qué esas pretensiones de independencia caprichosa y nefasta? De dónde viene señores, esa calamidad que amenaza hacerse eterna? En verdad que siendo el asunto tan notorio, casi adivinaria vuestra respuesta á mi pregunta.

No trataré aquí de otros desaciertos mas que pesan sobre Lima; no os diré nada de sus albañales mil veces acusados; nada os diré de la remoción del terreno urbano, hecha sin precaución alguna; tampoco me ocuparé de los insalubres cuarteles, acerca de los cuales prepara una tesis de grado el señor Vigil; tampoco os fatigaré mas con hablarlos de los colegios antihigiénicos, solo ocuparé un instante vuestra atención con la trilogía nosológica que nos abruma.

Desde el aristocrático mostrador de marmol, aquel que se luce en los establecimientos centrales, has-

ta el mostrador de madera, la oleada alcohólica, inunda todas las esferas sociales, destruye los organismos, prepara terreno á la tuberculosis y anonada inteligencias. Si es verdad que hasta utópico fuera pretender que subsista ninguna otra bebida que el agua pura; si alguien piensa que tal pretensión entrañaría un retorno á los tiempos primitivos y tan deseable como el comer bellotas y vestir pieles, no pienso por esto que el etilismo signifique progreso, porque entonces la degeneración que él siempre trae consigo, la histeria, la epilepsia, el idiotismo, serían el fruto cogido en el pináculo del adelanto humano. No se podrá ser absolutamente abstencionista, pero siempre será posible ser temperante. Y nada significaría en verdad, el uso moderado del vino ó la cerveza, que en ocasiones serían tal vez necesarias cortas cantidades de ellos, pero indudablemente que significa y mucho, el brutal abuso á que se entrega nuestro pueblo de los últimos escalones sociales y aun algunos de los que no pisan en ese nivel. Ni todo borracho es alcohólico, ni todo alcohólico es un borracho; y tanto estrago producen al fin la imprescindible copita diaria, como la ingestión de mayores cantidades, que determinan el alcoholismo agudo y constituyen al individuo crapuloso.

No está tanto el mal social en el hombre que se tambalea, vaga la mirada y enrojecido el rostro ó aquel que sin tambalearse es un verdadero alcohólico; el mal está señores, en la herencia que deja, en su prole inclinada al mismo vicio, en su decadencia orgánica, porque no pueden nacer de ahí, sino seres endebles, raquíuticos, alcohólicos del porvenir, tuberculosos futuros; seres enfermizos, de estructura cerebral bamboleante, neuróticos, idiotas, y hasta locos y criminales. Cerebros mal contruidos, célula nerviosa mal forjada, natural es que sus funciones sean anómalas y den origen á la locura, al robo,

al suicidio y al homicidio, poblando así panópticos y manicomios.

Y la ola crece cada vez más, envolviendo en sus espumas aromáticas, deleitosas y traidoras, mas hombres, mas mujeres, y hasta imberbes adolescentes, que buscan virilidad en los vicios de los adultos. Clausúrase un establecimiento de industria honrosa, y se abre, eso que el buen humor callejero ha bautizado con el nombre de *chuping-house*; y desde el elegante establecimiento de objetos de arte—ropaje de disfraz—hasta la insignificante pulpería, todos guardan un retrete donde se pueda ocultar el rubor de beber la copita cargada con el veneno etílico. Y si la estadística no acusa la verdadera cifra del estrago alcohólico, es por que la papeleta de defunción solo marca en tales casos, la consecuencia nosológica, sin el adjetivo correspondiente, que las consideraciones sociales obligan á ocultar; pero allí donde se puede decirlo todo, todo lo hallareis, como nos lo refieren el doctor Castañeda en su tesis de grado y el bachiller Tamayo en sus prolijos estudios, ya publicados, no ha mucho tiempo, en la "Crónica Médica".

No pasaré en silencio la tuberculosis de que tanto nos hemos ocupado en diversas ocasiones. Hallaré aquí otra vez motivo para recordar, la voráGINE asoladora levantada por el bacilo de Koch. Relegada á muy secundario plan la teoría de la herencia, está en pié y fuerte, la del contagio; y si nadie se vuelve tuberculoso sin recibir de fuera el gérmen que determina la enfermedad, de donde resultan tantos tuberculosos en Lima, de donde cogen el bacilo, en qué fuente beben el tósigo? En todas partes: en el polvo de las calles y de los hospitalés; en los teatros y demás establecimientos públicos; en los hoteles é iglesias, en todo lugar en fin, donde haya un tísico y con él un esputo. Y donde están la vigilancia y el aviso; donde el consejo y el cartel anunciador del peligro y la prohibición de escupir

el suelo? Dónde la escupidera preparada? Los carteles solo en dos lugares: en los wagones del ferrocarril que va á la Oroya y en el establecimiento de la leche esterilizada, después... después en ninguna parte, porque somos indolentes, somos descuidados, la rutina embota nuestras inteligencias y el desaliento nos arrastra como á muñecos funambulezcos.

En año que por el momento no está fresco en mi memoria, el infatigable Muñiz, lanzó la idea de reglamentar la prostitución, que si halló eco en los que conocemos los alcances morbosos del mal venereo, y medimos el alcance social de tal proyecto, solo engendró en los demás sublevaciones platónicas y rencores románticos, dando en tierra con el proyecto del Coronel Muñiz, que tuvo la laudable idea de querer llevar á la práctica, la muy hermosa de aquel otro cerebro de espléndido orden arquitectónico. Todo se perdió, hundiéndose en el sumidero de nuestros olvidos culpables y de nuestros intransigencias obstruccionistas. Cual es la consecuencia de este cariño romántico á las que nada volverá á la vida honrada y de trabajo? El mal napolitano en todo su poderío asqueroso. Y allí van luciendo los desgraciados que lo padecen, truncadas narices, belfos carcomidos con sonrisas de cráneo pelado; allí van con sus miembros mutilados y sus erupciones repugnantes. Y aquellos cuya menos mala fortuna, no los condujo á semejante estado, allí van achacosos, reservando de la mirada pública la dolencia de orden cipridológico; traicionando esposas, legando á su prole desordenados de ciclo ya comenzado, que abreviarán la distancia al término letal. Y desde la horizontal clandestina, hasta la cocota trashumante, toda esa escala de degradación y ociosidad, va siendo la receptora y trasmisora de un daño cuyas consecuencias no se estiman hasta después de diez años, en los casos de un tratamiento sostenido y pacientemente soportado.

He llegado señores al término de mi discurso; os he traído mis ideas, así, sin preparación ordenada, á medida que se me han presentado; pero antes de despedirme de vosotros, os ruego que me acompañéis un momento mas en una pequeña excursión por el campo de la demografía, muy rápida, muy á la ligera, y busquemos en el libro de las anotaciones estadísticas, los resultados de toda esa barbarie de descuidos ó tal vez impotencias.

El señor Ismael Portal nos dice en sus cuadros que comprenden desde 1864 hasta 1897, salvando los años de la guerra nacional, que la mortalidad general ha sido en su mayor cifra de 4.840, y en su menor índice de 3.659, sin que la suma de muerte, de cada año, haya seguido ninguna ley en tan largo período de observaciones estadísticas, lo que prueba que las condiciones de vida, han sido mas ó menos las mismas en tan largo período de 34 años.

Todas estas cifras arrojan una mortalidad media de 53.79 ‰, segun las series del señor Portal, sobre una población que en su censo mas aceptable consta de 103.953 habitantes. En 1898 por 3885 nacidos sucumbieron 1.710 niños, cifra de suyo alarmante y atribuible á las malas condiciones hídidas de la gente menesterosa. En el mismo año, por los indicados 3.885 que nacieron, sucumbieron, 4.213, lo cual causa una cifra de déficit señalada por 328; es decir un 42,13 de muerte por cada mil habitantes y 3,28 de despoblación por el mismo número.

Si se dice que hay muchos nacimientos que por diversas causas, no son registradas en la Dataría Civil, no es de suponer que sean tantos que subsanen el déficit de equilibrio numérico de la población, y aun cuando así fuese, solo tendríamos el equilibrio y nada mas, lo cual nunca será el desideratum de nación alguna. Y aun cuando la población tuviera por incremento una pequeña cifra anual, la mortalidad es en extre-

mo considerable, pues que por 3.885 que nacen desaparecen 1.710 niños, circunstancias que acusan factores letales que deben combatirse y anularse.

Según el señor Ramírez Gastón había en 1876 un 33,86 % de menores; 47,09 % entre solteros y viudos, y solamente un 19,05 % de casados, y en número excesivo las solteras, sobre el de sus correspondientes parejas masculinas aptas para el matrimonio; lo que prueba que tanto casados como solteros, contribuyen al acrecentamiento de la natalidad casi en igual escala, y aun cuando ello está reñido con la moral y no es por cierto base de feliz hogar ni de salud social, prueba sí, que las costumbres malthusianas no se conocen entre nosotros. Pero esa natalidad se halla contrabalanceada en desfavor, por la asombrosa letalidad infantil, á la que da mas contingente los mezizos, hecho que guarda relación con la menor nupcialidad de los mismos, pues que el abandono de los padres trae consigo la miseria de las madres y el descuido de los hijos, que naturalmente se resienten de la escasez de recursos que la madre soporta, descuidando esta á su vez á su prole, para mejorar su estado económico. Y si á esto se añade el alojamiento insalubre, el amamantamiento artificial, la ignorancia muchas veces admirable de aquella pobre gente, tendremos la razón de la asombrosa cifra que sirve de índice á la mortalidad de los niños.

Según los trabajos de los doctores Muñiz y Avendaño, se observa que en los hospitales mueren por lo menos las dos terceras partes del número de los que fallecen en sus domicilios, y si se tiene en cuenta que la morbosidad nosocomial es la cuarta ó quinta parte de la urbana, se deduce con claridad que los hospitales dan un tanto por ciento de muerte, verdaderamente asombroso, sobre el total de enfermos, lo cual acusa con la rigidez indomable de las matemáticas, la mala higiene de nuestros hospitales.

Contra hechos no valen argumentos.

La cifra de muerte por solo tuberculosis pulmonar, ascienden á la espantosa cifra de 25 por ciento término medio, sobre el total de defunciones, ocurriendo el mayor número en los hospitales, lo cual revela una morbosidad fabulosa, que nos concede la triste celebridad de ser una de las poblaciones mas tuberculosas del globo.

Es de notarse, y muy digno de atención y estudio, para la resolución del problema sanitario, que el cuartel 5.º dá sobre poco más ó menos, mayor cifra de mortalidad que los otros cuarteles. Nótese también que de los diversos distritos, tienen á su cargo mayor índice de defunciones, los que forman barrios apartados de la población, precisamente los elegidos por la gente pobre y los que ofrecen la mayor deficiencia higiénica, siendo una excepción el distrito 5.º que supera en cifra letal á todos los demás. Ahora bien: según el censo de 1896 la población de Lima era de 100.156 habitantes distribuidos de la manera siguiente:

Cuartel 1.º	— 9.000.
id. 2.º	— 8.892.
id. 3.º	— 9.774.
id. 4.º	— 11.955.
id. 5.º	— 9.157.

De donde se deduce que los cuarteles de más alta cifra letal no son precisamente los mas habitados, por lo tanto es necesario buscar la ley de relatividad con la superficie, la orientación y la aglomeración.

Entonces tendríamos un elemento valioso para la cuestión sanitaria. Desgraciadamente no he logrado tales datos, lo que me priva de mostraros la ley á que obedece la mortalidad en los diversos distritos de Lima.

Os prometí decirlo todo y no he cumplido, perdonadme. El asunto es tan vasto que no cabría en los estrechos límites de un discurso.

Perdonadme también si he cansado vuestra atención con un tema que apenas he esbozado y que

tan escabroso camino ofrece, pues cuando se trata de la cuestión higiénica, hay siempre el riesgo de herir vanidades é intereses particulares, que deberían olvidarse ante una cuestión de interés colectivo. Con las armas de la higiene, economizanse vidas, y el ahorro de individuos, es la riqueza de las naciones.

RÓMULO EYZAGUIRRE.

El señor presidente declaró instalada la nueva mesa directiva, compuesta así:

Presidente.—Dr. Eduardo Sánchez Concha.

1er. Vicepresidente.—Dr. Enrique L. García.

2.º Vicepresidente.—Dr. Dr. Rómulo Eyzaguirre.

Secretarios—Señores Miguel Aljovín y Enrique Chávez—Belando reelectos.

Tesorero.—Señor Adán Mejía—reelecto.

Vocal de la Junta Económica—Dr. Eduardo Bello.

Prosecretario—Sr. Ricardo Pazos Varela.

Bibliotecarios—Señores Osvaldo Herculles y Aníbal Corbetta.

TRABAJOS EXTRANJEROS

Dr. G. SCHAMELHOUT

Pronóstico de la tuberculosis pulmonar crónica

(“Anales de la Societe de Medecine de d'Anvers”)

Desde que Brehmer ha establecido las bases racionales del tratamiento de la tuberculosis pulmonar, su pronóstico reviste carácter menos sombrío. En el curso de sus autopsias Laennec había observado la trasformación fibrosa y la calcificación de los tubérculos, pero consideraba estos modos de terminación como tan excepcionales que no atenuaban en nada la fatalidad de la enfermedad. El proce-

so curativo fué bien estudiado por Grancher, que demostró que la tendencia del tubérculo á rodearse de una cáscara fibrosa no está limitada á las fases iniciales. En sus lecciones publicadas en 1881, Jaccoud (1) concluía de hechos clínicos numerosos que “la tuberculosa es curable en todos sus períodos”.

Antes, el práctico juzgando la partida perdida de antemano, no intentaba una lucha séria, se esforzaba en ocultar la verdad al enfermo y prestaba poca atención á los elementos de un pronóstico que creía fatal. Actualmente las condiciones que determinan la gravedad de la tuberculosis pulmonar, han adquirido interés considerable por la diversidad de evolución de las diferentes formas de la enfermedad, por la lentitud de esta evolución en las formas más comunes, por la frecuencia del mal á una edad en que el individuo posee todo su valor social y por la naturaleza del tratamiento largo y dispendioso, aun cuando se dirija á lesiones muy limitadas.

La curación de la tuberculosis entraña una perturbación profunda de las relaciones de familia y de la vida social. La situación material del enfermo es demasiado habitualmente un obstáculo irreducible para su curación. A veces un restablecimiento podría compensar los sacrificios pecuniarios permitiendo al paciente reasumir sus ocupaciones y asegurar el porvenir de los suyos, mientras que gastos inútiles traerían como consecuencia la ruina de la familia ó al menos sérias dificultades. Las iniquidades económicas hacen que el individuo deba ser sacrificado á la familia ó la familia al individuo. Así se plantea un problema cruel que el médico debe resolver basándose sobre un pronóstico tan preciso como sea posible.

En los países donde el obrero está llamado á beneficiar de una per-

(1) La curabilidad y el tratamiento de la tisis pulmonar. París, 1881.

manencia en los establecimientos especiales consagrados al tratamiento de la tuberculosis, el pronóstico ha adquirido una importancia social. Siendo limitado el número de las admisiones, es natural que los dineros de la comuna sirvan en primer lugar á los tuberculosos que podrían más ciertamente recobrar su capacidad de trabajo. Llenar los sanatoria populares de casos incurables no es solamente perjudicial desde el punto de vista económico, es todavía privar á numerosos enfermos de las ventajas de ese tratamiento en un período en que les hubiera sido eficaz. En las clases laboriosas más todavía que en las clases elevadas, el tratamiento debe ser precoz; diferir su aplicación, es á menudo esponerse á instituirlo demasiado tarde.

La dificultad del pronóstico, principalmente al principio, es cosa universalmente reconocida. Los signos que permiten preveer con mayor certidumbre la evolución de la tuberculosis son, sobre todo, los que revelan un pronóstico desfavorable.

De todos los síntomas, el más importante es la fiebre que da la medida de la repercusión de la infección sobre la economía. La reabsorción de las proteínas y de los productos microbianos se traduce por una elevación de temperatura cuyas oscilaciones son determinadas por reacciones individuales. El centro térmico se comporta de manera diferente en los enfermos. La intensidad de la fiebre no debe únicamente ser apreciada por la elevación de la escala termométrica; es necesario tener en cuenta los fenómenos que la acompañan. Una toxina hipotermisante descubierta por Maragliano baja el nivel de la temperatura en los tuberculosos afebriles. Según Mircoli (1) sería inferior de $0^{\circ}2$ á $0^{\circ}5$ C. á la normal. Lo que hace la gravedad de la fiebre es ante todo su persis-

tencia á pesar del reposo y una dieta apropiada, así como su tendencia á reaparecer á la menor falta de régimen. Las oscilaciones térmicas no siempre son percibidas por el enfermo; deben ser buscadas por mensuraciones practicadas cada dos horas. Desconocerlas es perder un tiempo precioso y esponerse á emitir un juicio erróneo. Turban (2) da un espacio de cuatro meses como término más allá del cual la enfermedad sigue habitualmente una marcha fatal si la cura de reposo no ha podido reducir la temperatura á la altura normal. Se puede sin embargo ver sobrevenir mejorías durables más allá de este término. El aumento de peso á pesar de la fiebre y la ausencia de fenómenos penosos para el enfermo, hacen el pronóstico menos severo. La fiebre hética sería la expresión de una infección mixta, y se debería principalmente á las bacterias agregadas. Cualesquiera que sea su origen pertenece al estado terminal de la tisis.

Los trastornos gastro-intestinales permanentes agravan considerablemente el caracter de la infección. La inapetencia es el primero y más habitual de estos síntomas. Puede sin embargo depender de una medicación ó de un régimen irracional. La insuficiencia de la motilidad y del quimismo gástricos, sea debida á la anemia concomitante ó á la impregnación del organismo por las toxinas, puede estar acompañada de una tos provocada por la simple ingestión de alimentos. Si sobrevienen entonces vómitos repetidos, pronto llega el enfermo á un estado lamentable. La gastritis verdadera (3) con fenómenos intestinales precipita la terminación fatal. Aun cuando no dependa de tuberculosis intestinal, una diarrea rebelde es mal signo. El funcionamiento normal del tubo

(2) Beiträge zur Kenntniss der Lungen-tuberculose. Wiesbaden. 1899. P. 125.

(3) Marfan in Charcot, Bouchard, Brissaud, Traité de Medicine. Paris 1893 T. IV

(1) Das latente Fieber bei der chronischen Tuberculose *Deutsches Archiv für Klinische Medicin*. (30 de mayo de 1899).

digestivo, un gran apetito, ejercen influencia de las más felices y son preciosos adyuvante del tratamiento dietético. El apetito puede persistir á pesar de la fiebre. También es necesario considerar en mucho el modo como] se hace la asimilación. El porvenir es sombrío en los casos en que el individuo enflaquece no obstante absorber un alimento abundante.

El enflaquecimiento progresivo es la consecuencia de la fiebre y de una alimentación ó una asimilación insuficientes. La mayor parte de los síntomas contribuyen á exagerar las pérdidas del organismo. El método higiénico se esfuerza en reducir las lo más posible. Es inútil insistir sobre el caracter que la emaciación imprime á la evolución de la tuberculosis, cuando no es detenida por el reposo al aire libre y la sobrealimentación.

El estado general al principio de la afección suministra preciosas indicaciones. Un organismo, cuya nutrición se ha efectuado normalmente hasta entonces, posee medios de defensa mucho más poderosos que una constitución arruinada por excesos ó enfermedades anteriores (sífilis, viruela, fiebre tifoidea). La debilidad congénita favorece la invasión bacilar.

Continuará.

Publicaciones recibidas

S. Bernheim.—La Digitale (1 vol. in 18 Maloine editeur, Paris 1900).

El autor hace un estudio experimental clínico y terapéutico de este medicamento cuya utilidad es tan grande como peligroso su empleo inoportuno. Después de haber profundizado la parte fisiológica, en que particularmente insiste, examina en todas sus faces el problema clínico. Plantea como axioma que nunca debe el práctico prescribir digital ó sus derivados á un individuo cuyo músculo car-

diaco no reacciona. De este axioma apoyado en los hechos, se deducen numerosas conclusiones prácticas, unas más importantes que otras, que leerá con provecho el práctico. Es así que en las cardiopatías, las indicaciones de la digital y de la digitalina están claramente descritas. De la misma manera está estudiada la acción diurética del medicamento. En fin, el autor expone en un último capítulo como, cuando y bajo que forma debe emplearse la digital fuera de las afecciones cardiacas.

S. Bernheim.—La médication ergotée (Ergot de siegle. Ergotine.—Ergotinine).—Etude clinique et thérapeutique.—1 vol in 12 de 192 pages—Paris 1900.

Esta nomografía es calurosa plegaria en favor de la medicación ergotada. El autor comienza por protestar del ostracismo en que yacen abandonados estos agentes terapéuticos de los más valiosos que poseemos. En verdad este ostracismo, que data de los quince años últimos, es especial á los clínicos franceses. En todos los otros países, y en particular en Italia y Alemania los terapeutas y en especial los parteros continúan usando el conezuelo de centeno y sus derivados y no han observado las complicaciones descritas por Pajot y Tarnier, porque en estos países se emplea un producto farmacéutico irreprochable. "Emplead, dice el autor, una ergotina de marca, y no alguno de los numerosos productos falsificados que llenan nuestras oficinas farmacéuticas comerciales de hoy, y nunca tendréis un accidente que temer".

En esta obra el autor expone además de los usos terapéuticos, la acción fisiológica de la ergotina, sus efectos, sus dosis máxima y mínima, su farmacopea, sus indicaciones y contraindicaciones. Termina su estudio recordando las diferentes epidemias de ergotismo.

Estudio Clínico y terapéutico de las fiebres eruptivas (viruela,

sarampión y escarlatina por el Dr. D. José Codina Castellvi, médico de número, por oposición, del Hospital provincial.

Madrid, administración de la "Revista de Medicina y Cirujía Prácticas", calle de Preciados, N.º 33, bajo.

Este libro es fruto de la observación clínica y tal como utilísimo al práctico. La parte consagrada á la viruela es verdaderamente magistral y muy completa; los capítulos que el autor dedica al sarampión y escarlatina son también interesantes y llenos de datos originales.

Enciclopedia de Ginecología.

Publicado bajo la dirección de J. VEIT, Profesor de la Universidad de Leiden, con la colaboración de distinguidos profesores. Versión castellana de los doctores D. Isidoro de Miguel y Viguri, D. Rafael del Valle, D. Silvio Escolano, D. Miguel Gayarre y D. Gaspar Sentiñón. Presidido de un prólogo escrito por el doctor D. Eugenio Gutierrez, individuo de la Real Academia de Medicina de Madrid y Ex-Presidente de la Sociedad Ginecológica Española. Con grabados y láminas en colores.

MADRID.—Administración de la *Revista de Medicina y Cirujía prácticas*. Preciados N. 33—bajo

Esta monumental obra, que ha llamado poderosamente la atención en Alemania mereciendo extraordinaria acogida entre los médicos y un laudatorio juicio crítico de la prensa profesional, formará cuatro voluminosos tomos con profusión de excelentes grabados y magníficas láminas en colores de un mérito tan sobresaliente, que bien podemos afirmar que jamás se vieron igual en exactitud y belleza de colorido.

Cada uno de sus magistrales capítulos ha sido escrito por un especialista alemán de fama universal, están entre ellos Fritsch, Bunn, Döderlein, Olshausen, etc.

Se publicará por cuaderno de 128 páginas al precio de 3 pesetas ca-

da cuaderno. Las suscripciones es reciben en la administración de la revista antes citada.

Hemos recibido los cinco primeros cuadernos.

Reseña económica del Estado de Tabasco (República Mejicana) por Alberto Correa.

Mejico, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, Calle de San Andrés N.º 15—1899.

Les Etats-Unis Mexicains Leurs ressources naturelles. Leur progrès.. Leur situation actuelle. Par R. de Zayas Enriquez.

Obra publicada por disposición del Ministerio de Fomento, Colonización e Industrias de la República Mexicana.

Mejico.—Imprenta del Ministerio de Fomento, calle de San Andrés, 15—1899.

Hemos recibido además numerosos prospectos de las diversas secciones del Congreso Internacional de Medicina de Paris, que no insertamos porque nos han llegado muy atrasados, y en la actualidad no son ya oportunas.

Callao, Abril 19 de 1893.

Señores Scott y Bowne, Nuev York.

Muy Señores Míos:

La Emulsión de Scott tiene importante aplicación en casos de tuberculosis incipiente y aún en períodos más avanzados cuando las funciones del estómago son normales. También en el raquitismo es un poderoso auxiliar dicho medicamento para dar vigor á organismos cuya nutrición no vá en armonía con el desarrollo de la edad y finalmente en las bronquitis crónicas es de muy benéfica acción ayudada por el uso de los balsámicos.

Soy de Uds. Atto. S.S.,

MODESTO SILVA SANTISTEVAN.

Imp. S. Pedro—21,508